EX LIBRIS
MAREA
EDITORIAL

Patricio Barton

NO IMPORTA CUÁNDO LEAS ESTO

Historias contemporáneas autopercibidas eternas

Prólogo de
Alejandro Dolina

MAREA EDITORIAL

Barton, Patricio
No importa cuándo leas esto : historias contemporáneas autopercibidas eternas / Patricio Barton ; Prólogo de Alejandro Dolina. - 1a ed.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2025.
168 p. ; 23 x 15 cm. - (Narrativa / Constanza Brunet)

ISBN 978-987-823-095-5

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos. 3. Humor. I. Dolina, Alejandro , prolog. II. Título.
CDD A860

Dirección editorial: Constanza Brunet
Edición: Debret Viana
Coordinación editorial: Florencia Acher
Asistencia editorial: Julieta Rojas
Comunicación: Verónica Abdala
Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez
Corrección: Agustina Tullio

Ilustración de tapa: Augusto Costhanzo

© 2025 Patricio Barton
© 2025 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina
Tel.: (5411) 4371-1511
marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8230955

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*
Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Advertencia

El presente volumen se ha nutrido de las omisiones que han hecho los millones de libros que lo preceden. Quizás ese sea el chiste fundacional de la literatura, y una clave de su insólita supervivencia. Solo cabe agradecer esa crédula y dócil forma de la voluntad que las malas lenguas llaman sumisión. Y las buenas, lectura.

No importa cuándo leas esto.

MAREA
EDITORIAL

DOS FINANCISTAS PARA UN CAFÉ

A esa hora el bar está siempre vacío. Ezequiel llegó primero y se sentó en la mesa que da de frente a la puerta de entrada. Nunca de espaldas a una ventana, aprendió.

Franco llegó un poco más tarde, pese a que el exclusivo departamento que ocupa en la torre La Porteña está solo a un par de cuadras. Sí, Franco ocupa lugares, no vive en ellos. Permanece y deja de permanecer. Quizás anoche la fiesta haya sido ahí, o en cualquier otra cueva de Puerto Madero. Pero eso ahora no importa. Todavía.

Apenas entró al café, Ezequiel le disparó la pregunta de siempre:

–¿Sos boludo?

Franco despejó las dudas encogiéndose de hombros. El movimiento fue simultáneo a la caída de los párpados y al levantamiento de las cejas. Los que inventan emojis deben haberse inspirado en su rostro –portador de cuatro o cinco gestos universales– para crear esas caritas globales y unívocas. El triunfo del esperanto fue finalmente facial.

Franco tendría que haber nacido con la piel amarilla, como los emoticones. Pero ahora está pálido, medio grisáceo, como el cielo de esta mañana y como el microcemento zen que baña los pisos y las paredes del bar para ocultar los derroches de la zona más cara de Buenos Aires.

MAREA EDITORIAL

–¿Qué querés que haga? – preguntó Franco a modo de respuesta.

Pese a su escolaridad remota y difusa, en algún lugar ambos habían aprendido a responder con interrogaciones. Podían sostener un diálogo hecho solo de preguntas.

–¿Y ahora me lo decís?

–¿Por qué no me lo preguntaste antes?

–¿Y cuándo te lo iba a preguntar?

–¿Todo te lo tengo que explicar?

–¿A vos te parece que no me debés una explicación?

–¿Y ahora qué hacemos?

–¿Eso te lo tengo que decir yo?

–¿Qué se van a servir? –preguntó el mozo cortando el flujo binario.

Mantener un discurso asertivo, pero hormigonado solamente con preguntas, crea una estructura sólida y firme que nunca tambalea porque no se dobla. Pero se rompe.

–Yo ya desayuné, no quiero nada –largó Ezequiel antes de que la cara de Franco virara a la del emoji más neutro. Hacia ahí fue la mirada del mozo que ya había perdido la fe en obtener respuestas, pero igual preguntó:

–¿Le traigo un café?

–Bueno, lo compartimos –dijo Franco, sentando las bases de la estructura de un encuentro que –como todos los anteriores– debía ser equitativo; con daños y beneficios recíprocos.

Apenas el mozo les dio la espalda, arrancó una charla que había comenzado unos años antes, cuando Ezequiel y Franco se conocieron por una novia en común.

Ambos habían estado con Ximena durante un tiempo: primero Ezequiel, después los dos y al final solo Franco.

El trío duró unos meses, los necesarios para aplacar el

MAREA EDITORIAL

efecto de las drogas, y los suficientes para establecer una relación de negocios. Franco siguió un tiempo más con Ximena, pero en una de sus fiestas la perdió en brazos de otra chica.

En el colador del tiempo quedaron los buenos negocios del Dúo Maravilla, como les decían a Ezequiel y Franco en el ambiente de los *brokers* (especie autóctona de la fauna financiera).

–Estamos hasta las manos –dijo Ezequiel, levantándolas y apuntando las palmas hacia la cara de Franco con un movimiento simétrico que las separa desde el centro hacia los costados, y que cualquier latino entiende como el final de algo.

–*Se finí* –agregó, por si hiciera falta.

–Pará un poco, no seas tan dramático. Todavía no sabemos si dejó una carta, y mucho menos si nos menciona.

–No hace falta. Con que entren al departamento ya es suficiente: está todo ahí.

El mozo llega con el café. La espuma que corona al cortado dibuja una sonrisa de leche. Y otra vez la cara de Franco es parodiada por un emoji, esta vez lácteo. El mismo que se propaga con fuerza pandémica por los bares más *cool* de la ciudad.

El café que sonríe impone su sistema sobre la mesa y comparte la órbita con un vaso minúsculo de agua gasificada, otro vasito aún más pequeño de lo que milagrosamente sigue llamándose jugo de naranja, y un platito con dos bocaditos liliputienses de apariencia harinosa. Todo este universo de miniaturas triunfa en lugares de abundancia. Lo sabe el vendedor de relojes que ahora se acerca a la mesa e interrumpe con pudor diminutivo:

–¿Puedo robarles un minutito?

MARFA EDITORIAL

–Pensé que lo vendías –retrucó Franco, y casi en simultáneo volteó su cara de piola hacia la mirada cómplice de Ezequiel, que no tardó en decir:

–Estamos ocupados –mientras erguía el cuello con aspecto periscópico para llamar la atención del mozo, quizás para que hiciera valer su autoridad y expulsara del local al vendedor ambulante.

Tarde.

El muestrario de relojes ya está sobre la mesa y el vendedor exhibe los modelos, con aplicaciones morales:

–Este es para quedar bien con una señorita, sale muchísimo.

–Entonces debe haber salido conmigo –acota Franco con el mismo envión bromista de hace un rato, pero con el agregado de un guiño de ojo hacia su *partenaire*, que a esta altura no queda claro quién es.

–Este también sale mucho –dice el vendedor, que ya está lanzado a su prédica sobre cada uno de los modelos que exhibe.

–Este es para un caballero que quiere aparentar lujo. Este otro es más deportivo. Y este es una imitación perfecta de un modelo de Rolex.

–Pero ahí dice Rolek –interviene Ezequiel, desde el fondo de la trampa.

–Ese es el único detalle. Todo lo demás es igual al modelo original. Da la misma hora, pero cuesta cien veces menos.

De costos y de tiempos nadie sabe más que el Dúo Maravilla. Dejar que el vendedor diga lo suyo es del manual básico de los mercaderes. Y hacia allí va ahora el parlamento del relojero ambulante que se esfuma en el aire sin que su relato consiga que el alma de un mortal

MARÍA EDITORIAL

transmigre a la de un cliente. El vendedor se va, y el diálogo vuelve.

–Me tendrías que haber avisado que llevabas toda la plata y los papeles al departamento de Ximena. ¿Cómo se te ocurrió que eso podía ser más seguro? –preguntó Ezequiel.

–¿Por qué no me lo preguntaste antes? –respondió y preguntó Franco.

–¿Y cuándo te lo iba a preguntar?

–¿Todo te lo tengo que explicar?

–¿A vos te parece que no me debés una explicación?

El departamento de Ximena siempre había sido un escenario neutral y protegido. Así como la Antártida es un territorio para la paz y la ciencia, aquel bulo era un cónclave exclusivo para el encuentro sexual. Ella ya no estaba con Franco, pero seguía enviándole mensajes por WhatsApp. Cada tanto disparaba un *emoji* de alguna fruta o verdura con potencial erótico. A una banana le seguía un durazno. Y tras la berenjena arribaba una pera. El diálogo se extendía con idas y vueltas de emoticones vegetales. Era un juego que se había iniciado una noche cuando en su clímax ella gritó "¡Haceme vegetariana!". Desde entonces el código sexual de la pareja fue frutihortícola y fortaleció aquella idea de que la carne es débil y cede frente a las hortalizas.

Con Ezequiel todo era distinto. La peste del amor no correspondido había añejado los encuentros sexuales, que se fueron cubriendo con un musgo de solemnidad. Y fue eso –y ninguna otra cosa, según él– lo que lo precipitó a aceptar el triunvirato y más tarde su derrota definitiva.

Con el testimonio de aquella herida, Franco había aprendido a no compartir con Ezequiel nada de lo que

MAREA EDITORIAL

Disclaimer

El libro terminó en la página anterior. Todo lo que esté impreso de aquí en adelante formará parte del próximo libro de Barton.

ES POR ACÁ

Prólogo, por Alejandro Dolina 9

Advertencia 13

Dos financistas para un café 15

El mandado 35

El fervor 45

Todo es eterno, pero no se nota 69

La cola de Garrido 75

El adaptador 91

El oso silencioso 101

El crimen de Yrigoyen 111

Lo de adentro y lo de afuera 129

El emporio de la especialidad 137

Salvando las salvedades 143

Acá y allá 147

Disclaimer 163

MAREA EDITORIAL

Esta edición de
No importa cuándo leas esto
se terminó de imprimir
en Buenos Aires Print,
Pte. Sarmiento 459, Lanús, Buenos Aires,
en el mes de octubre de 2025.